

## ***Antena detectora de naturalizaciones acrílicas***

### **El año de publicación y la mala memoria de la psicología**

***David Pavón-Cuéllar***

**Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (Morelia, México)**

La psicología cree tener una corta historia. Cuando se le pregunta su fecha de nacimiento, se refiere al reciente siglo XIX y asegura que sus padres fueron personas tan próximas a nosotros como Wundt, James, Janet y Ribot. Desde luego que esta respuesta no puede sino inspirar la desconfianza de cualquier filósofo medianamente informado, quien sospechará, con mucha razón, que su interlocutora disimula su edad y que no es más que una más de aquellas antiguas esculturas que no dejan de quitarse años y de probar su modernidad con el cincel de la cirugía estética. La psicología se habría operado quirúrgicamente para borrar, no las arrugas de su rostro, sino todos esos pliegues de su alma dejados por una larga vida que remontaría más allá de los presocráticos y que pasaría por Wolff, Berkeley, Herbart y tantos otros nombres que sólo suelen resonar dentro de las facultades de filosofía.

Si nuestro filósofo examinara la cuestión con mayor detenimiento, se percataría de que el problema de la psicología no es tan sólo una cirugía estética, sino algo más profundo, algo trascendente, algo detrás de la superficial apariencia inmanente de lo propiamente estético. Tal vez el filósofo se diga entonces que la psicología está ocultando no tanto su edad como su pasado. Algo habría ocurrido que la psicología no querría mostrarnos. Quizá un crimen. Sí, claro, un crimen. La psicología le aparecería de pronto a nuestro psicólogo como alguien que oculta deliberadamente un pasado que lo avergüenza y que lo compromete. ¿Pero qué podría ser...? ¿Acaso tantos fraudes que fueron ya descubiertos y refutados por los más diversos filósofos? Las trampas y las revelaciones de las trampas deberían disimularse para que la psicología pudiera seguir entrapando libremente. La psicología podría seguir haciendo de las suyas al disimular sus viejos crímenes y el proceso y castigo que acarrearían. Pero esto sería imposible en un terreno filosófico en el que nadie ignoraría las estafas de la psicología. Para escapar a la justicia filosófica, nuestra criminal habría salido clandestinamente de las facultades de filosofía y se habría refugiado en unas facultades de psicología en las que podría seguir cometiendo todos esos actos que ya fueron denunciados hace tantos años. Puesto que a ningún psicólogo se le ocurre leer a los filósofos, y como no hay ni interpolos ni garzones en el ámbito académico, la psicología podría seguir incurriendo impunemente, por ejemplo, en todos aquellos paralogismos que ya denunció Kant hace más de 200 años.

Pero aquí un psicólogo como yo no podrá seguir callado y habrá de sublevarse naturalmente contra nuestro filósofo injusto y despiadado. ¿Cómo acusar a la psicología de ocultar aquello de lo que ni siquiera se acuerda? Un psicólogo sabe perfectamente que hay amnesias involuntarias y no sólo ocultamientos deliberados, inconsciente y no sólo

clandestinidad, enfermos y no sólo seres racionales, episodios traumáticos y no sólo actos criminales. Al saber todo esto, el psicólogo sabrá también mostrarse comprensivo ante la psicología, y en lugar de acusarla y señalarla con el dedo, intentará entender por qué ha perdido la memoria, tratará de reconstruir aquel trauma decisivo que tuvo lugar entre los siglos XVIII y XIX y que le hizo desconocerse a sí misma, olvidar todo su pasado y caer en una extraña regresión que la llevó a comportarse a veces, no como la astuta niña griega que fue hace dos mil quinientos años, sino como un feto con ideas y comportamientos más pueriles que los de un recién nacido.

El psicólogo, en suma, tendrá que hacer una psicología de la psicología, una metapsicología que tendrá que empezar evidentemente por analizar cada uno de los síntomas de la enferma. Entre estos síntomas, hay uno insignificante, pero particularmente revelador, que pertenece a la categoría de las *naturalizaciones acríticas* y que me ha hecho aceptar la invitación a cazarlas que hace un año nos hiciera amablemente nuestra compañera Maritza Montero. Me refiero a la tendencia, bien reglamentada por la *American Psychological Association* (APA), que nos hace identificar los textos que citamos por el año de la edición consultada y no por el año de su elaboración o primera edición. Generalmente ambas fechas coinciden, y en este caso, que ya es bastante sintomático en sí mismo, el síntoma de última edición deja de manifestarse como tal, como un síntoma. Sin embargo, en muchos casos, las dos fechas difieren y un lector mínimamente sensible al paso del tiempo debe acostumbrarse a la confusión incesante de leer citas del tipo “Watson (1979)”, “Piaget (1985)”, “Locke (1999)” o hasta “Platón (2005)”. Mis colegas querrán tranquilizarme y me dirán que el año aquí no es más que un simple indicador que remite a las referencias, que es comparable al pequeño número de cada nota a pie de página, que no tiene sentido intrínseco en el plano temporal, que no es síntoma de nada y que lo único sintomático es la confusión que provoca en mí y que hace incluso que me distraiga de mi lectura. Esta confusión es la que debería ser analizada.

Confiemos en los psicólogos y analicemos la confusión que me provoca el año de la última edición. ¿Por qué me siento confundido por este año? Por muchas razones. Para empezar, su tamaño no es el de los pequeños números superíndices que indican las notas a pie de página o las referencias bibliográficas en los métodos más clásicos de citado. A diferencia de estos pequeños números, los del año son tan grandes como los demás caracteres del texto, como si tuvieran un valor simbólico o informativo equivalente a estos caracteres, y como si hubiera que leerlos tal como leemos las demás palabras y no sólo como un simple signo referencial. Por otro lado, aunque aparentemente estos números de año no tengan un sentido intrínseco en el plano temporal, no dejan de tener este sentido, pues indican una fecha como cualquier otra, la fecha de una edición, y la ponen entre paréntesis, tal como ponemos entre paréntesis las fechas de acontecimientos a los que nos referimos en el texto. Así como escribimos “la revolución de octubre (1917)”, así también escribiremos “Lacan (1999)”. En el primer caso, indicamos el acontecimiento que marca el principio del final de la economía de mercado en Rusia. ¿Y qué indicamos en el segundo caso? El acontecimiento de la publicación de la primera edición de bolsillo de los Escritos de Lacan en francés, la cual, para un lector concienzudo, puede significar el recordatorio de que debe apresurarse a comprar esa edición, antes de que se agote, para poder consultar las citas con las que se encuentra en su lectura, y también, como efecto colateral, para seguir nutriendo una economía de mercado que así consigue superar aquel pequeño desmayo que significó la revolución de octubre.

No pretendo que el año de publicación constituya un indicador publicitario que mostraría la complicidad entre la APA y una industria editorial tan sucia como la industria farmacéutica. Mi confusión es neurótica y no se ordena todavía en una estructura interpretativa delirante conspiratoria. Simplemente hace notar algo que tal vez no sea un propósito consciente de quienes han decidido esto en la cúpula del poder institucional de la psicología norteamericana, pero que no por ello deja de ser un efecto de lo realmente importante, que es la manera en que aparece el año de la edición consultada, y el acontecimiento al que nos remite, que no es el acontecimiento intelectual del surgimiento de una idea específica, de su aparición en el universo del saber o de su concepción en la historia de la cultura, sino que es el mezquino acontecimiento editorial, industrial y mercantil, de la producción de la mercancía en la que se ve transformada la idea en el sistema. Platón ya no se encuentra en esa encrucijada histórica en la que se anudan los albores de la civilización occidental, la reacción contra la democracia ateniense, la sensibilidad idealista y el impulso hacia la eternidad que encontramos en la tradición de Elea, y tantas otras condiciones históricas. Platón se encuentra, de pronto, en el año de 2005 en el que la enésima edición de sus diálogos, idéntica a las últimas ocho, fue aprobada por cierto estudio de mercado y pudo llegar entonces a los aparadores en los que habrá de comprarla. Ésta es la única información contenida en ese año de “2005” cuyo tamaño y ubicación en el texto son comparables a los de todas esas palabras que lo rodean, como si el acontecimiento editorial fuera tan importante como Platón y sus ideas. Es verdad que Platón es un “autor clásico” y puede beneficiar, como tal, de un tratamiento excepcional en las normas de la APA. Sin embargo, como bien sabemos, no suele recibir este tratamiento al que tiene derecho, y además hay otros autores clásicos menos privilegiados, los clásicos modernos, que no tienen derecho al mismo tratamiento. Lo más a lo que pueden aspirar es que el año de la primera edición, y no de la concepción de la idea, figure junto al de la edición consultada, como un acontecimiento comparable.

Cuando leo “Bajtín 1991/2003”, esto significa “*Toward a philosophy of the act* de Bajtín, obra publicada por primera vez en inglés en 1991 y consultada en la edición inglesa de 2003”, y esto es todo lo que importa, pues naturalmente carece de importancia que Bajtín haya muerto en 1975, que haya escrito su libro en ruso y no en inglés, y que lo haya terminado en 1924, en los tiempos de la Unión Soviética, antes de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría, antes de la última versión de APA y antes de tantos otros acontecimientos cruciales que se interponen entre él y nosotros. Todo esto es omitido. Y esta omisión es la que siempre me confunde y me distrae de mi lectura. Antes me habría preguntado si habría tal vez un bisnieto de Bajtín que escribiría hoy en día textos prácticamente idénticos a los de su bisabuelo. Ahora me pregunto qué puede significar esta omisión del tiempo y de los contextos históricos y culturales, este enorme olvido que no dejo de comprobar en las actuales publicaciones de psicología, y que no puedo resistirme a interpretar como un revelador síntoma de aquella desmemoria de la psicología que me ha llevado a ocuparme ahora de este síntoma.

¿Cómo se revelaría la desmemoria de la psicología a través del síntoma del año de publicación? Puedo aventurar aquí diferentes respuestas:

*Descontextualización histórica.* La obra citada sufre una descontextualización histórica, deja de pertenecer a un contexto histórico preciso y diferente del nuestro, un contexto quizá desconocido para la psicología, pues se encuentra más allá del horizonte de

su mala memoria. Este estrecho horizonte se extiende únicamente hasta el siglo XIX y no más allá, y como casi todas las obras consultadas han sido publicadas entre los siglos XIX y XXI, podemos limitarnos a citar el año de su publicación y así confirmar la inexistencia o la falta de interés de todos aquellos siglos que no podemos recordar. Es así como nos convencemos de que no es necesario conocer otros siglos en los que aparentemente no ocurría nada, pues aparentemente nada se publicaba. La publicación, especialmente la publicación más actual o la codiciada última edición, es el único acontecimiento importante, y esto hace que podamos olvidar tranquilamente algo tan poco importante como el siglo en el que fue ideada una obra. Lo importante es la fecha de la última edición y todo lo demás puede olvidarse. El olvido es también descontextualización de lo que sólo podemos recordar al sacarlo de un contexto que no podemos o no queremos recordar.

*Asimilación ideológica.* La obra citada se ve asimilada a nuestro contexto histórico, a su ideología y a la única psicología que podemos recordar, y si todo esto determina la manera en que interpretamos la obra, nuestra interpretación aparece como *la* interpretación legítima y adecuada, pues aquello que la determina es aquello mismo a lo que la obra se ha visto asimilada. En otras palabras, la mención exclusiva del año de publicación, que pertenece al tiempo que podemos recordar, permite crear la ilusión de que aquello que citamos: no contiene en sí mismo sino aquello mismo que podemos recordar, no ha sido escrito sino en función de los mismos códigos que nos permiten leerlo, no se presenta sino como aquello que podemos representarnos. Es así como *lo diferente*, ya sea formas alternativas de psicología o críticas y refutaciones de la psicología ya conocida, se ve asimilado a lo mismo, a nuestra psicología, a nuestra ideología, a nuestro pensamiento único desmemoriado, que así puede reconfortarse en sus convicciones, legitimarse a sí mismo e imaginar que recuerda más que lo que realmente recuerda. Sí, puede imaginar que recuerda, por ejemplo, todas las posiciones de Platón sobre la psicología, pues no se trata sino de un académico tan próximo como cualquier otro, que ha publicado recientemente en Oxford, Gallimard y Porrúa (Platón, 2009, 2010b, 2011b), y que debe hablar en nuestros mismos términos, puesto que piensa en el mismo contexto al que lo hemos asimilado. Esta asimilación ideológica, acompañada siempre de una cierta banalización y domesticación de lo asimilado, forma parte de un olvido que hunde en la inexistencia todo aquello que resulta radicalmente diferente, lo que no hay manera de recordar, lo inasimilable que jamás podrá ser identificado a la fecha de la edición consultada.

*Absolutización del presente.* La obra citada, su autor y sus ideas, terminan dentro del tiempo reciente que podemos recordar, el mismo presente en el que nos encontramos con las demás obras, con los demás autores y con las demás ideas. Todo esto, habiendo sido publicado en los últimos 30 años, puede ser totalmente reducido a nuestros últimos 30 años. Es como si este presente, el único tiempo que recordamos, fuera el único tiempo, el tiempo eterno, absoluto, que siempre fue el mismo y que siempre seguirá siendo el mismo. No hay ningún otro tiempo que nos permita relativizar, y así cuestionar y criticar, lo que ocurre y se piensa en nuestro presente. Aparentemente no hubo ningún tiempo antes de éste, ni podrá haber tampoco ningún tiempo diferente. No hay más tiempo que el de la psicología imperante, el de nuestra ideología, el de nuestro pensamiento único, el de la fechas de las ediciones consultadas. No hay más tiempo que el presente que recordamos, así como no hay más pensamiento que nuestro pensamiento único, ni más psicología que la que no hemos olvidado. El olvido es también esta absolutización del presente, de su psicología y sus demás contenidos ideológicos.

*Negación de la historia.* La obra citada se relaciona con un año que no es más que una fecha de publicación. Éste es el único acontecimiento, el único rastro del tiempo y de la historia, en el texto de psicología que leemos. Es como si esta psicología no tuviera que ver nada con la historia. Es como si la única historia que atañe a la psicología es la historia editorial. Es como si las publicaciones fueran los únicos acontecimientos de la historia. Desde luego que puede argüirse que la fecha no indica un acontecimiento, sino que es simplemente un número sin significado intrínseco, pero que nos sirve para conectar la cita incluida en el texto con las referencias enumeradas al final del texto. Pero aun si así fuera, lo que no parece convincente por las razones que ya se mencionaron anteriormente, entonces nos encontraríamos con una reducción de los años de la historia, y de la historia como tal, a signos sin sentido, a simples números sin significado intrínseco. Éste sería todo el rastro de la historia en los textos de psicología. Ya sea que el rastro sea un número sin sentido o un simple acontecimiento editorial, es claro que aquí nos encontramos con una rotunda negación de la historia. Se niega lo que no se puede recordar. El olvido no se reconoce como olvido, sino que nuevamente niega la existencia de lo olvidado.